ANACLETO GONZÁLEZ FLORES

ENSAYOS
-DISCURSOS-

1967
México

Primera Edición. Guadalajara, Jal. 1917

ÍNDICE

EL VERDADERO SENTIDO DE LA VIDA

Discurso pronunciado el día 26 de agosto de 1916, en la primera sesión celebrada por la A.C.J.M. en la ciudad de Guadalajara.

Entre la muchedumbre incontable de las ideas que revolotean en los cerebros y que todos los días se escapan y se precipitan por todos los rumbos, como aves de luz en busca de un cielo que iluminar y de un espacio azul que romper con sus alas; unas hay que apenas rozan el polvo de la tierra, que apenas tocan la superficie de los cuerpos y que pasan lejos, muy lejos de las almas y van a perderse, a hundirse y a desaparecer en los confines en que cae, desaparece y se hunde lo frágil, lo deleznable, lo impotente; otras, como la luz que baja de los cielos a calentar las frondas ateridas, a rejuvenecer los troncos envejecidos y a teñir todos los capullos, y como el agua que cae del firmamento y humedece y hace brotar todos los gérmenes; van a lo más alto y a lo más bajo del espíritu humano, tocan todas las lejanías, se extienden a todos los confines y bajo el influjo incontrastable de los hechos se hacen orientación suprema de las inteligencias, de los corazones, de las voluntades, en fin, de los hombres y de las cosas.

Y aquellas ideas, es decir, las que desaparecen y se hunden allí donde se hunde y desaparece lo deleznable y lo impotente, tienen un carácter del todo accidental y accesorio y por lo mismo no le importan a la humanidad sino de muy lejos, y la discusión que se trabe acerca de ellas debe ser breve y aún debe abandonarse para fijar honda y muy hondamente, profunda y muy profundamente la mirada del espíritu en los principios de poder decisivo y de fuerza trascendental. ¡Ah! Y en torno de ellos debe trabarse la más ardiente de las batallas, debe librarse el más reñido de los combates y debe entablarse la más formidable y acalorada de las discusiones, porque batallar, luchar y discutir alrededor de los grandes pensamientos, es lo mismo que batallar, luchar y discutir en tomo de los grandes destinos del género humano.

Allí, pues, donde se alce una afirmación, donde surja un sistema y donde se levante una doctrina de ésas que pretenden arrebatarles a la ver-

dad o al error la supremacía sobre las inteligencias y los corazones, deben darse cita todos los soldados del pensamiento, todos los luchadores de la idea; deben echarse al aire todas las banderas, deben relampaguear a lo largo del campo de batalla todas las espadas, deben centellear todas las bayonetas, deben iluminarse todas las trincheras y debe combatirse encarnizada y ardientemente alrededor de todas las posiciones. Y ¡ay del que piense siquiera en volver la espalda! El estigma de los cobardes caerá sobre su frente como una maldición. Y ¡ay de los espíritus gastados por el sofisma, por la inercia y por la podredumbre del corazón! La mano de Dios que ha acumulado la luz de su pensamiento en el cerebro de las clases directoras, sabrá descargar golpes formidables sobre todas las eminencias y sabrá hundir todas las cumbres; y la humanidad, que cansada y sudorosa se halla en la falda de la colina esperando que los fulgores del sol rompan la sombra que cierra el horizonte, se precipitará por sendas desconocidas y extraviadas; pero el día del cataclismo encontrará a los pensadores gastados por el sofisma y por la podredumbre del corazón, y los aplastará con la ignorancia y la fuerza fundidas en un solo poder de disolución: la barbarie.

Frente a frente de los pensamientos de carácter trascendental todos los hombres deben pararse, quedar de pie y suspensos; el genio debe interrogar todas las lejanías hasta que su palabra, como luminar esplendoroso encendido sobre la llanura, alumbre todos los senderos que van a parar derechamente al porvenir, y el resto de los mortales sin temor y sin vacilaciones deberá precipitarse por las rutas trazadas desde los riscos de la eminencia.

Y bien: hubo una época pavorosa y obscura como la noche que puso en los cielos la cerrazón de las grandes tempestades: esa época es conocida en la Historia con el nombre de Paganismo. Durante ella la humanidad gimió desoladamente bajo el peso enorme del error trascendental. Conceptos extraviados, sistemas erróneos y opiniones falsas acerca de lo de arriba y lo de abajo; del cielo y de la tierra; de Dios y de la materia; de lo de lejos y de lo de cerca; del espíritu y del cuerpo, del hombre y de las cosas. La sombra había bajado a todos los abismos, había subido a todas las cumbres, había ennegrecido todos los horizontes y había envuelto a las generaciones en los densos nubarrones del error trascendental.

Hubo otra época luminosa y brillante como las irradiaciones que el día pone en los cielos en las mañanas húmedas, diáfanas y serenas de la estación de verano. Durante ella se tuvieron ideas precisas y exactas acerca

de Dios y del hombre, del espíritu y de la materia; de lo de lejos y de lo de cerca; se vio con claridad esplendorosa el punto remoto de nuestra partida, el confín lejano en que encontraremos reposó y el lugar en que se libran los combates de la vida. El verbo luminoso de Dios partió del Calvario, bajó a todos los abismos, prendió sus fulgores en todas las cumbres, encendió todos los horizontes, tocó todas las lejanías y envolvió a las generaciones en el piélago de luz de la verdad trascendental. ¡Ah! Pero el error no supo ni quiso declararse vencido, y continuó, según la expresión del conde De Maistre, preparando la gran conspiración contra la verdad. La rebelión estalló a un tiempo y en todos los puntos, removió todos los sistemas, sacudió todas las doctrinas y revolvió todas las ideas. Y los que ayer en apretadas muchedumbres y con paso firme y seguro marchaban de cara hacia el oriente, tuvieron que detenerse un instante; entraron en la confusión del pensamiento, que es más obscura y más negra que la confusión de la palabra, no pudieron entenderse y se dispersaron para buscar la verdad, unos allá donde el sol se echa a dormir todos los días; y otros, allá en los confines donde la luz no se enciende ni se apaga jamás.

Ha venido la disgregación de los espíritus; se han multiplicado e individualizado los sistemas; ha sido roto el haz apretado y fuerte de inteligencias y de corazones formado por la verdad; ha sobrevenido la disolución de las ideas, y se ha apoderado de la humanidad entera la anarquía de los entendimientos que es la causa generadora de todas las anarquías. La vida de los pueblos se desborda por senderos extraviados y la época presente se halla bajo el peso enorme del error trascendental.

Ocuparme en señalar cada uno de los errores de carácter trascendental que se padecen en nuestros días, sería cansar bastante vuestra atención e ir demasiado lejos, y por esto sólo intentaré por ahora analizar el verdadero sentido de la vida.

Que el concepto de la vida es de fuerza trascendental lo dice bien claro el hecho de que de ella depende la orientación individual y colectiva de los hombres; y que las generaciones de ahora sufren un gran error sobre este punto, nos lo demuestra el espectáculo doloroso que ofrecen las sociedades modernas con el empleo que hacen de sus energías.

La cuestión puede plantearse en la forma siguiente: ¿Cuál es el verdadero sentido de la vida? O en otros términos: ¿Qué empleo debemos hacer de este torrente de energías que circula por nuestras arterias y que todos hemos dado en llamar vida? Teodoro Jouffroy, ese gran filósofo que gemía desoladamente al sentir en su cerebro el vacío que abre la negación

religiosa, escribió estas o semejantes palabras: “hay un libro pequeño que es puesto en las manos del hombre en los primeros años de su existencia, y en él se da respuesta y solución satisfactoria a los grandes problemas que inquietan a los pensadores y aprietan fuertemente el corazón: ¿se quiere saber de dónde se viene, dónde se está y a dónde se va? Pues no hay más que abrir el catecismo y se sabrá a punto fijo la solución de estas cuestiones”.

Y bien, yo ahora para resolver el problema del sentido de la vida, podría hacerlo repitiéndoos una vez más lo que tantas veces se os ha dicho: el hombre ha sido puesto en el mundo para que ame a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Pero aunque es cierto que la verdad sólo se halla en un punto, sin embargo a ella se puede llegar por diversos caminos, y nosotros ahora vamos a hacer un esfuerzo por resolver este problema apelando a un procedimiento si no desconocido del todo, cuando menos no muy trillado.

Más de una vez ha pasado por vuestros ojos esa visión esplendorosa trazada con mano maestra por el pincel del autor de “¿Quo vadis?” y vosotros habéis contemplado a la vieja Roma envuelta en los torrentes de su voluptuosidad, de su gloria, de su poder y de su fuerza, y habéis percibido también dos grandes figuras: una que es el símbolo de un pueblo en disolución, y otra que es el símbolo del resurgimiento de la humanidad caída: son Petronio y Pablo de Tarso. El discípulo de Cristo y el de Epicúreo se encontraron frente a frente y comenzó la discusión: Grecia, dijo Petronio, en los delineamientos geniales de sus mármoles, en los trazos magníficos de las pinceladas de sus pintores y en el ritmo sonoro de sus estrofas inmortales, le ha dado la belleza a la Humanidad; Roma en el ímpetu arrollador de sus legiones, en el esplendor de sus conquistas y en la espada de sus capitanes le ha dado el poder y la gloria: ¿y vosotros los cristianos qué le traéis al género humano? Pablo de Tarso se irguió tan alto como era, fijó hondamente en el pagano aquellos ojos que habían visto sin pestañear a todos los tiranos, y luego como torrente que se despeña hizo oír su voz gravé, solemne e incontrastable y dijo: nosotros traemos el amor.

Ahora bien: el problema propuesto acerca del verdadero sentido de la vida se resuelve con la respuesta de Pablo de Tarso: y nosotros podemos afirmar que el sentido de la vida se halla en el amor. Y no es cuestión de meras palabras, ni es misticismo mujeril, ni mucho menos dogmatismo filosófico, no: es una verdad que arroja el análisis sobre las inteligencias y que cae sobre los espíritus para no levantarse jamás.

Nosotros sorprendemos la vida con diversos grados de poder y de fuerza en los distintos seres que forman el Universo. A lo largo de la llanura inmensa y en las escarpaduras del picacho la encontramos en los momentos precisos en que los gérmenes brotan a la luz del día y cuando las frondas sé rejuvenecen y cubren la desnudez de sus troncos y de sus ramas con el verdor de la primavera. ¡Ah! Pero en tomo de ella y en su centro no hay quejas que se alcen, ni alegrías que se despierten, ni amarguras que se levanten, ni dolores que se recuerden, y por eso allá van a perderse y a morir los ecos dispersos de los cantos de guerra o de las armonías que se oyen en derredor de los muertos. Nosotros sorprendemos la vida con un grado mayor de poder y de fuerza en el animal: y allá entre el verdor del follaje y los troncos de la selva hay pupilas que se encienden, ojos que se iluminan y se dilatan, cuando el estruendo de los cielos y las canciones de los nidos despiertan mil sensaciones.

Finalmente, en el hombre encontramos la vida en un grado superior; no es el ímpetu que rejuvenece las selvas y que rompe la resistencia de la tierra y saca a la luz los gérmenes fecundados; no es el sentido que al ponerse en contacto' con la materia se estremece y después sacude y empuja poderosamente la sangre de nuestras arterias, no: es el pensamiento que relampaguea en nuestro cerebro, como el rayo en las noches tormentosas; es la idea que a través de las sombras en que nos envuelve el mundo de los cuerpos, chispea y traza sus huellas de fulgores que no se apagan; es, en fin, ese poder que lleva a lo más hondo de nuestros huesos y pone en lo más profundo de nuestras entrañas, un sacudimiento sentido por todos y conocido por todos y que dilata el corazón, que enloquece la cabeza y que hace saltar el alma de júbilo: el amor. El análisis, pues, de nuestra naturaleza nos enseña que todos los poderes acumulados en el hombre, deben tender a un solo fin, y deben reconcentrarse en un solo punto: el amor. El poder vegetativo sería inútil si no estuviera ordenado al poder sensitivo; éste a su vez lo sería, si no lo estuviera al intelectivo, y éste si no se ordenara a la voluntad. El amor constituye pues el verdadero sentido de la vida; pero ese amor debe tener por blanco lo infinito y el hombre. Lo infinito, porque el hombre, que es capaz de concebir lo inmenso, lo es sus energías al servicio del mal y del error; el de los que han amado hasta el sacrificio la verdad y el bien, y el de los tibios e indiferentes que han querido ver cruzados de brazos el gran combate.

Y la Humanidad y la Historia han lanzado sobre los primeros sus anatemas y sus maldiciones; sobre los que no han sido capaces de hacerse amar o hacerse odiar porque no han sabido conquistar las sonrisas de los

cielos ni provocar los embates del abismo, el silencio, el olvido que cae sobre los sepulcros y que es la muerte última y definitiva sobre la tierra. ¡Oh! Pero la Historia y la Humanidad han, querido reservar los aplausos, las alabanzas y la apoteosis para los que han amado con delirio, con locura y hasta el sacrificio, lo grande, lo noble, lo santo, lo infinito y lo que merece nuestra compasión, nuestro apoyo y nuestra ayuda, en una palabra: Dios y el hombre.

Saber vivir, es, pues, saber amar; pero no a nosotros mismos con exclusión de lo infinito y del prójimo, sino sobre todo lo infinito y luego al hombre, que es y debe ser el objeto, el blanco de nuestra misión social.

Señores: cuenta la Historia que en cierta ocasión fue sorprendido uno de los más grandes conquistadores de Roma llorando a los pies de la estatua de Alejandro el Grande; cuando se le preguntó cuál era la causa de sus lágrimas respondió y dijo: "lloro porque no he sabido vivir, y no he sabido vivir porque a mi edad Alejandro había hecho enmudecer la tierra con sus conquistas, en tanto que yo aún no he podido ceñir mi frente con el laurel de la victoria". ¡Y qué! Las generaciones de ahora deberán llorar y llorar desoladamente porque no saben vivir, porque no saben amar, y no saben amar porque se han replegado sobre sí y han reconcentrado todos sus anhelos, sus afectos y sus esperanzas en amarse a sí mismas. Y por eso a lo largo de la carretera inmensa, muelle y blandamente recostada en el borde del camino se halla la figura grotesca de Sancho, y apenas se ve de cuando en cuanto envuelto en la polvareda de los senderos de la gloria a Don Quijote, es decir, al espíritu fuertemente apasionado de lo grande, de lo noble, de lo santo, de la verdad, de la justicia y del derecho. Y si podemos decir de un modo general que las generaciones de ahora no saben amar, de un modo especial tenemos que decirlo de los jóvenes de nuestros días: ellos hacen la jornada de la vida envueltos en las sombras de ese abismo donde todo se envilece y se degrada, y viven olvidados y sin nombre porque se han echado en brazos del torbellino de las pasiones y de los deleites materiales. ¡Ah! No saben amar.

Pero me he equivocado al hablar tan generalmente de la juventud. Hay algunos jóvenes, y entre ellos os encontráis vosotros, que han sabido vivir y que han hecho y hacen todo lo posible por saber amar. Pues bien, vosotros y yo, que estamos profundamente convencidos de que al decir que el verdadero sentido de la vida se encuentra en el amor mi palabra ha afirmado una gran verdad, consagraremos en adelante todas nuestras energías, nuestros anhelos y nuestras esperanzas a obrar y a vivir conforme al

verdadero sentido de la vida. Y ahora que la lucha entre el bien y el mal, y entre la verdad y el error se ha recrudecido y ha tomado proporciones colosales y una amplitud trascendental, haremos un esfuerzo por asistir a todos los combates, por acudir a todas las batallas y por hallarnos en, todos los encuentros.

Y ¡vive Dios! que no habrá trinchera que no asaltemos, muralla que no sufra nuestros ataques, posición que resista nuestro entusiasmo, ni bandera que no desgarremos con nuestra espada. Y en los picos escarpados de todas las cumbres flamearán gallarda y triunfalmente los estandartes de Cristo, que son los estandartes de la civilización.

LA ARISTOCRACIA DEL TALENTO

Discurso pronunciado en el Centro Literario de señoritas "Sor Juana Inés de la Cruz".

Una mirada rápida, y por lo mismo poco profunda, basta para convencernos de que entre las innumerables leyes que rigen a los hombres y las cosas hay dos que, como todas las leyes emanadas directamente de la naturaleza, tienen el carácter de implacables por su indestructibilidad y el de admirables por la sabiduría inmensa con que han sido hechas: hablo de la ley de la semejanza y de la ley de la desigualdad. Que existe la primera es incuestionable, que existe la segunda es cosa fuera de duda. Brillan esplendorosamente una y otra en el orden físico, en el intelectual, en el moral, en el social y en el encadenamiento necesario que hay entre los diversos órdenes indicados. ¡Oh! sí: entre el coloso indomable que en las noches de las grandes tempestades levanta su cabellera desgreñada y espantosamente aterradora hasta los cielos y con el clamor estruendoso de sus gritos sacude las arenas de la playa, y el riachuelo que se desliza mansamente por la floresta y besa y acaricia con sus aguas los troncos de los árboles envejecidos y los pétalos perfumados de las flores de la ribera, hay una semejanza honda y profunda; pero al mismo tiempo una desigualdad manifiesta y notoria: lo que más allá de la playa se revuelve impetuosamente y grita con desesperación indecible, es el agua; lo que de este lado de la playa y en medio de la llanura susurra blandamente y canta un adiós quejoso y lastimero, es el agua; ¡oh! pero lo que al otro lado de la costa se levanta airado como para desafiar a todas las cumbres, es un coloso; lo que de este lado de la costa y en la falda de un monte se inclina reverente y pasa sin turbar la calma solemne de los bosques, es un pigmeo que hace trabajosamente su peregrinación hacia un punto de la tierra.

Entre el luminar esplendoroso que la mano de Dios colgó en la mitad del espacio para alumbrar todas las cosas, y la diminuta estrella que parpadea tímidamente en las lejanías azuladas del firmamento hay una semejanza honda y profunda, pero al mismo tiempo una desigualdad manifiesta y notoria: lo que cae derechamente sobre nuestras cabezas e inunda con su calor y con su fuego todo lo que nos rodea, es la luz; pero la luz de la pupila inmensa de un titán que pasa y que al pasar deja caer una de sus miradas

sobre nosotros; lo que en las noches diáfanas y serenas arroja la lejanía sobre nuestras frentes es la luz, pero la luz del fulgor desmayado y casi agónico de una molécula encendida en la inmensidad de los cielos.

Entre esta masa enorme que nosotros pisamos y que ha servido y sirve de teatro a las luchas de la humanidad, y esa partícula casi imperceptible de materia que revolotea en un rayo de sol, hay una semejanza honda y profunda, pero al mismo tiempo una desigualdad manifiesta y notoria: esto que nosotros pisamos y que ha logrado atarnos tan fuertemente con sus colores, con sus matices, con sus prodigios, con sus armonías, con sus encantos y sus canciones, es un trozo de materia; aquello que gira en tomo de un rayo de luz, es un trozo de materia; pero esto que nos sirve de punto de apoyo es un cuerpo enorme; lo que se mueve aceleradamente en una de las guedejas doradas del sol es casi la nada: un átomo.

Y si del orden puramente material pasamos a otro más elevado y ascendemos al mundo de las inteligencias, encontramos también la ley de la semejanza y la ley de la desigualdad. Entre la fuerza poderosamente escrutadora de Aristóteles, de Platón, de Pasteur y de todos los genios que han honrado a la humanidad, y la fuerza casi nula de investigación de los talentos vulgares y de los medianos, hay una semejanza honda y profunda y al mismo tiempo una desigualdad manifiesta y notoria: la fuerza escrutadora del genio y la fuerza de investigación de las medianías y de las inteligencias vulgares, son dos poderes que ha recibido la humanidad para precipitarse sobre lo inexplorado, vencer su resistencia y hacer una brecha muy honda en el baluarte de lo impenetrable; pero el genio es un titán de luz que se lanza atrevidamente al piélago insondable de lo desconocido y avanza imperturbable a través de las sombras y de las escabrosidades del arcano; las medianías y los talentos vulgares son diminutos pigmeos que, vencidos por el desfallecimiento en la mitad de la jornada, se recuestan cansadamente sobre una roca al pie de la muda esfinge de lo inaccesible.

Finalmente, entre el Creador supremo del derecho y el hombre, entre los que encabezan las sociedades y los que deben ser gobernados, hay una semejanza honda y profunda, pero a] mismo tiempo una desigualdad manifiesta y notoria: el Creador supremo del derecho es un espíritu que flota soberbiamente magnífico sobre el abismo, sobre el caos, sobre la nada; hay en el hombre un espíritu atado a la materia, que encadena, que subyuga y muchas veces corrompe. ¡Ah! Pero el espíritu que flota sobre el abismo se halla en posesión de una fuerza incontrastable que se alza siempre majestuosa y triunfante sobre la nada; hay en el espíritu del hombre un poder

que más de una vez ha tenido que rendirse ante la nada. Hay en la frente de los que marchan a la cabeza de los pueblos la unción puesta por el dedo del Gran Legislador, y ha caído sobre los hombros de los súbditos el peso enorme de la obligación ineludible de someterse y obedecer.

Existe, por tanto, la ley de la semejanza y la de la desigualdad en el orden físico, intelectual, moral, social y en el encadenamiento que enlaza los órdenes antes indicados.

Establecida y demostrada la existencia de las leyes antes indicadas, prescindiré de la primera para fijar toda mi atención en la segunda y analizarla.

La desigualdad no es otra cosa que la diversidad de condiciones y aptitudes de los seres que están comprendidos en los distintos órdenes. Como vosotras sabéis perfectamente, en las diversas épocas de la vida de la humanidad, se han hecho grandes esfuerzos, unas veces por ahondar y hacer mayor la desigualdad, otras por introducir en ella el equilibrio que exige la naturaleza, y en los últimos tiempos por aniquilarla y borrarla cuando menos en el orden social. El paganismo fue una época negra, sombría, impenetrablemente obscura; en ella la Filosofía, la legislación, las costumbres y aun el genio se conjuraron para ahondar la desigualdad, y hubo hombres que al presentarse sobre la tierra quedaban reducidos a la categoría de cosas, en tanto que los más fuertes y audaces, convertidos en árbitros de los pueblos y de las razas, absorbían la personalidad y los derechos de los demás y hacían que no hubiera otro pensamiento ni otra voluntad que los del que había tenido la fortuna de ascender a la cumbre del poder.

Cuando de la colina del Calvario se levantó el sol del Cristianismo y arrojó sus torrentes de luz sobre las conciencias e iluminó las rutas que había de recorrer la humanidad; cuando el verbo de Cristo flageló las espaldas de los déspotas y rompió las cadenas que ataban los pies de los esclavos, se fijaron los delineamientos de la desigualdad querida y establecida por el orden: todos, se dijo, somos miembros de una gran familia y por lo mismo estamos comprendidos dentro de la misma especie; tenemos el mismo origen, el mismo fin, igual naturaleza; sin embargo hay una diversidad muy marcada entre las cosas puramente accidentales que van adheridas a nuestra esencia.

La desigualdad según el orden logró imponerse, pudo y supo triunfar; pero pasaron aquellos tiempos en que Cristo vivía en todas las conciencias y tenía un altar en todos los corazones. La rebelión de Lutero, que fue la negación de la autoridad en el orden religioso, fue el golpe dado al equili-

brio creado en la desigualdad, y el sistema que aplicado a los demás órdenes ha venido a traernos a esta conclusión o principio del socialismo: la desigualdad debe desaparecer. A pesar de esto la desigualdad está y estará en pie, porque la naturaleza en esto como en otras cosas es implacable. De la desigualdad brota como una consecuencia ineludible la diversidad de clases que forman las sociedades humanas, y en ellas encontramos la clase ínfima, la media y la aristócrata. Por ahora sólo me ocuparé de esta última.

La aristocracia no es más que una clase social que tiene sobre las demás cierta superioridad nacida de diversas circunstancias. Existe la aristocracia de la sangre, la del dinero, la del poder, la de la virtud y la del talento. La aristocracia de la sangre está formada por los que llevan en sus venas la sangre de una ascendencia ilustre; la del dinero, por aquellos cuya superioridad radica en la riqueza; la del poder por los que tienen que trazar a los pueblos el derrotero que han de seguir; la de la virtud por los hombres de vida pura e intachable, y la del talento no por los que han recibido de la naturaleza una inteligencia privilegiada, sino por los que a causa de diversas circunstancias han podido humedecer sus labios en la linfa cristalina de la ciencia y del arte.

Establecido el concepto de aristocracia y hecha su clasificación, surge esta pregunta: ¿cuál es el papel que las aristocracias tienen que desempeñar en el desenvolvimiento del género humano? Yo confieso ingenuamente que cuando he tenido oportunidad de leer o de oír las diatribas que el socialismo lanza contra la desigualdad, me he sentido presa de un gran ofuscamiento; pero luego he hecho un esfuerzo por apelar a la reflexión y he podido ver entonces con claridad meridiana la misión de las aristocracias. ¿Preguntáis que cuál es? Oídme.

Una vez un joven francés, una de las glorias literarias más brillantes de Francia, después de haber sostenido una lucha sin tregua contra la tentación de la impiedad; después de haber sentido aletear en tomo suyo el ave negra de la duda y de haber sucumbido en ese combate que se libra en muchas almas, marchaba abrumado con el fardo enorme de su desgracia, y desolado, con el corazón hondamente herido, quiso entrar a un templo.

Moría la tarde: la obscuridad de la noche avanzaba rápidamente y extendía el imperio de la sombra por todas partes; el interior del santuario estaba envuelto en la penumbra; el joven se colocó a cierta distancia del altar. Comenzó a llevar distraídamente sus ojos sobre las cosas que lo rodeaban; de pronto se estremeció profundamente, luego avanzó con lentitud y muy quedo hacia donde estaba lo que lo había impresionado con tanta

fuerza; se acercó, vio fijamente a la persona que lo había sacudido y después se retiró a uno de los rincones más apartados del templo, y envuelto en las sombras cayó de rodillas, y mientras en su alma flotaba victorioso el pensamiento de Cristo, exclamaba: ¡Creo, Dios mío, creo!...

¿Qué había pasado? Aquel joven, que en su tierna infancia había creído en los principios católicos que le había enseñado su piadosa madre, cuando llegó a esa edad en que se somete al análisis de la razón lo que nos rodea, y se deja oír el rugido de las pasiones, oyó decir que las doctrinas católicas están en pugna abierta con la verdad científica y comenzó a dudar y terminó por rendirse ante la negación. ¡Oh! Pero Cristo quiso vencer el alma de aquel gran artista. Este entró al templo, y vagamente primero, de modo preciso y claro después contempló a un hombre que de rodillas y con una devoción verdaderamente edificante rezaba el Santo Rosario. Y aquel hombre era uno de los pensadores más sabios de su tiempo y uno de los que en esos días metían más ruido en Francia; era, en pocas palabras, Ampere.

Otra vez, las falanges aguerridas e invencibles de uno de los más grandes capitanes de la antigüedad llegaron a las márgenes de un río que se ha hecho célebre en la Historia; se detuvieron en su marcha vencidas por el obstáculo que las aguas del Gránico oponían; Alejandro se dio cuenta de lo ocurrido y con la rapidez del rayo se abrió paso entre sus soldados, avanzó hasta las orillas del río y con la intrepidez que ha sido siempre el carácter distintivo de los conquistadores se lanzó a nado al torrente que pasaba impetuoso... Poco después casi todos los soldados habían triunfado del obstáculo.

Un día un rey inmensamente poderoso porque era señor de Inglaterra, después de haber hecho una apología brillante del Catolicismo y de haber refutado victoriosamente a Lutero, quiso abandonar a su esposa para contraer segundas nupcias con otra mujer; solicitó permiso para divorciarse, pero Roma fue inexorable y contestó negativamente. Entonces Enrique VIII, pues así se llamaba este rey, maldijo al Papa, Se separó de la Iglesia y se hizo pontífice supremo de la iglesia de Inglaterra. En su caída, ese coloso de cieno, de orgullo y de lascivia arrastró a un gran número de sus súbditos.

Hechos como éstos hay a millares en las páginas luminosas de la Historia; pero no quiero cansar vuestra atención, pues parece que habéis adivinado mi pensamiento y habéis percibido con claridad la misión que tie-

nen que realizar las aristocracias en el desenvolvimiento del género humano.

La superioridad que constituye las aristocracias y que radica en ellas es un elemento creado por la naturaleza para servir de fuerza directriz con un influjo eficaz, decisivo, incontrastable, en la formación del resto de la humanidad. Y, por lo mismo, su papel no es otro que trazar los senderos que deben recorrer los pueblos, señalar con su dedo los derroteros floridos que han de llevar a las generaciones a las cumbres esplendorosas de la civilización.

¡Oh! Pero entre todas las aristocracias hay una superior a las demás, porque ejerce y puede ejercer un influjo incomparable en la orientación de las sociedades, y porque su acción se hace sentir de un modo decisivo en todas las otras clases sociales: tal es la aristocracia del talento.

Como ya lo expresé en términos claros, la aristocracia del talento está formada no ciertamente por las personas que han recibido una inteligencia privilegiada de manos de la naturaleza, sino por todos los que por diversas circunstancias han tenido la oportunidad de adquirir una cultura científica y literaria la más completa posible.

Y bien: esa aristocracia es superior a las otras y ejerce sobre todas una influencia incontrastable, porque se halla en posesión de los poderes más formidables a saber: la idea y la palabra. ¡Ah! Yo convengo y tengo que convenir con vosotras en que es grande, muy grande el poder de la aristocracia de la sangre, y ante ella, por un impulso enteramente natural y espontáneo, se ha inclinado respetuosamente la humanidad doblegada por la sangre de los ascendientes ilustres; yo convengo con vosotras en que es fuertemente poderosa la aristocracia del dinero, pues la riqueza en un momento dado lo mueve todo, lo sacude todo, dispone de todo y llega muchas veces a comprar el talento; yo convengo con vosotras en que es grande la fuerza de la aristocracia del poder, pues ella manda a su arbitrio sobre las leyes, las costumbres, la riqueza, las voluntades y las naciones; yo convengo con vosotras en que la aristocracia de la virtud subyuga, arrebata, fascina, somete y se hace respetar y rendir homenaje de admiración de los ricos y de los sabios, de los grandes y de los pequeños, de los buenos y de los malos.

Pero el día en que la idea secundada por la palabra entra en agitación y se pone en movimiento e intenta abrirse paso a través de las sombras, de las costumbres, de las instituciones, de los tiempos, de los cuerpos, de las almas, y se lanza atrevidamente contra todas las trabas y se conjura contra

lo que se ha escapado a sus conquistas ¿hay alguna fuerza que pueda oponérsele victoriosamente? Yo no la conozco. Vosotras me señalaréis la materia.

¡Oh! Pero es que la materia con todos sus esfuerzos, con todos sus ímpetus, con todas sus locuras, con todas sus tempestades y con todas sus tormentas ha tenido y tiene que rendirse ante la idea.

Una vez Franklin tomó en sus manos un trozo de metal y lo levantó en alto; entonces, uno de los poderes más formidables, el rayo, descendió de los cielos, se inclinó humilde y reverentemente ante el pensamiento humano y dejó atada en los dedos del genio su cabellera de luz.

Vosotras me señalaréis la espada de los conquistadores; pero ¿ha habido acaso una espada que penetre a un alma y derribe una idea? Y ¿ha habido algún cetro, algún solio, alguna dinastía, algún dictador que no se haya roto, que no se haya desmoronado, que no haya desaparecido, que no se haya hundido, al entrar en combate igual y reñido contra el pensamiento? ¿Ha habido algún muro de granito o algún baluarte bastante endurecido que después de burlar el golpe asolador de las edades y resistir triunfalmente el azote de la mano del hombre, haya permanecido de pie y con sus almenas levantadas al aire cuando la idea y la palabra han desplegado sobre la humanidad su bandera de guerra y se han precipitado sobre las cumbres en que no flamea majestuoso y triunfante el pendón de la verdad?

Al menos, diréis vosotras, la idea se inclinará ante las demás aristocracias de que se ha hecho mención hasta estos momentos. Escuchadme y sabréis la verdad. Era el siglo XVIII; reinaba en Francia Luis XVI, y al parecer todo se encontraba en la plenitud de su grandeza y en el colmo de su fuerza y de su pujanza. En tiempos poco anteriores había resonado poderosa y avasalladora la palabra maldita de Voltaire y de Rousseau, y la idea de aquellos corruptores de las sociedades pudo abrirse paso en las inteligencias, logró hacer una huella muy honda en muchos corazones y se conjuró contra todas las aristocracias. Llegó, por fin, un instante en que el pensamiento de disolución provocó el cataclismo: la tempestad se desencadenó sobre Francia, la tormenta rugió furiosa en tomo del poder, de la nobleza, de los virtuosos y de los ricos; y la aristocracia del poder, la aristocracia de la sangre, la aristocracia de la virtud y la del dinero, se vieron envueltas en esa catástrofe inmensamente salvaje, dolorosa y sangrienta que es conocida en la Historia con el nombre de Revolución Francesa y que arrebató sus prerrogativas a la sangre, a la riqueza, a la virtud, y que hizo dejar al rey su cabeza en un patíbulo.

La aristocracia del talento, por razón de su influjo, es superior a todas las otras, ya que éstas tienen que ceder ante el empuje avasallador e incontrastable de la idea y de la palabra, que entre los poderes humanos son los más formidables.

Se dirá: ¿y a qué han venido estas reflexiones?

¡Y qué!, digo yo: en el orden social a medida que: se asciende y se poseen grandes ventajas y perfecciones, pesan sobre nuestros hombros mayores obligaciones; y puesto que la aristocracia del talento es superior, por su influjo, a las demás clases sociales, tiene mayores deberes que ellas y se encuentra más fuerte, más estrechamente obligada a señalar a las generaciones los rumbos que han de seguir para su prosperidad y engrandecimiento. Y, qué, repetiréis vosotras, ¿todo esto a qué viene? Y bien, digo yo: que vosotras pertenecéis a la aristocracia del talento, ya que por la situación en que os encontráis habéis podido poneros en contacto con los grandes pensadores, con los grandes artistas, con el pasado de la humanidad, con sus dolores, con sus lágrimas, en una palabra: habéis podido poner vuestra alma muy cerca de la ciencia y del arte.

Sobre vosotras pesa la obligación ineludible y el deber inmenso de consagrar vuestros esfuerzos y vuestras energías a transformar la sociedad en que vivís y a llevarla por los derroteros luminosos que conducen derechamente a la civilización. Yo os hablo en nombre de Dios y de la Patria, y en nombré de ellos he querido no enseñaros, pero sí recordaros el deber imperiosísimo que tenéis de ser útiles con vuestro talento, con vuestra cultura y vuestra belleza a la causa de la civilización.

¡Ah! Si cuando brilló en vuestras frentes el sol de la vida la naturaleza puso en vuestras manos una lira, templadla, id a la cumbre más alta y desde allí dejad caer vuestros arpegios, vuestras armonías y vuestras canciones sobre el yermo desolado de la tierra, que la humanidad os escuchará con gusto. ¿Cantáis en vuestros versos las tristezas hondas de lo que muere, de lo que llora, de lo que suspira, de lo que sé queja, de lo que gime, y de los que padecen y callan abrumados por la inmensidad de su dolor y por su impotencia para expresarlo en una palabra? Pues la humanidad llorará con vosotras y encontrará aunque sea por un instante el consuelo indecible que experimentan los que pueden verter lágrimas sobre la sangre con que vamos enrojeciendo nuestro sendero. ¿Sacudís el cordaje de vuestra cítara y se levanta el himno triunfal y grandioso que resuena en las ramas antes entumecidas de las frondas y después envueltas en el ropaje policromo de la primavera? Pues el género humano, desde las rocas que se hallan en la

falda de la colina, olvidará un momento su amargura insondable y podrá sentir que envuelta en un torrente de armonías pasa a lo lejos y se pierde cantando en la lejanía la ninfa de la felicidad. ¿Ha puesto la naturaleza en vuestros labios una palabra elocuente? Pues hacedla resonar en el aire, no la ocultéis en la sombra ni la hundáis en el silencio de la inercia; lanzadla sobre las trabas y los obstáculos que ha hecho y que ha levantado la mano del error y del crimen. ¿Conocéis la Historia de las generaciones, las leyes que rigen los seres? Enseñad a tantas inteligencias que no han podido ver en las cosas más que hechos que no tienen causa, ni ley, ni nombre.

Un escritor francés ha dicho que la humanidad es la imagen y la semejanza de las aristocracias, y esto debe entenderse principalmente de la aristocracia del talento, y vosotras, que pertenecéis a ella, podéis imprimir vuestra fisonomía en nuestra Patria.

Si no lo hacéis vendrán los sostenedores del error y del mal, harán sentir su influjo y su poder en las generaciones que viven con nosotros y entonces empezará la catástrofe y todo bajará hasta el abismo. ¡Oh! Pero si nosotras os apresuráis a delinear los trazos de vuestra imagen que intelectualmente es la imagen de la verdad y moralmente es la del bien, empezará una época de resurgimiento y sobre rocas inconmovibles se alzará majestuosa y soberbia la construcción magnífica de una sociedad culta, fuerte y civilizada. Por Dios y por la Patria yo os pido que no seáis mujeres en vano, que no pertenezcáis inútilmente a la aristocracia del talento.

EL ARTE Y LA CIVILIZACION

Discurso pronunciado en la fiesta celebrada para conmemorar la fundación del Centro literario "Manuel Gutiérrez Nájera".

Yo, como vosotros, formo parte de esa caravana inmensa que se llama humanidad y que cruza todos los senderos a través del desierto dilatado de la vida; y yo también como vosotros, tal vez sin quererlo y de todas maneras sin pensarlo, he tenido que encontrarme frente a frente de ese esplendor magnífico y de ese pulimento admirable que la mano del hombre ha sabido poner en la cumbre y en la hondonada, en la llanura y en el torrente, en el bloque duro y fuerte de granito y en el barro frágil y deleznable. Y yo, profundamente asombrado, he visto la materia transformada con las irradiaciones que despide la frente del genio, la he oído gemir desoladamente aprisionada por el brazo del hombre y la he oído llorar tristísimamente su caída, desde que al pensamiento le fueron revelados todos los secretos y desde que la idea pronuncio el FIAT LUX sobre el caos entenebrecido. Yo, enmudecidos los labios de asombro, he contemplado las erecciones soberbiamente magníficas del pensador, de ese ser que ha consagrado y consagra sus energías a luchar contra el poder del arcano; y ese empeño tenaz, ese afán inacabable de analizarlo todo, de removerlo todo, de escudriñarlo todo y de iluminarlo todo; ese hacinamiento de sistemas, de principios y de verdades me han hecho creer que hasta cierto punto las generaciones tienen motivo para enorgullecerse y creerse grandes. He leído, en fin, la palabra del filósofo, del moralista, del historiador y del legislador; y ante esa lucha titánica sostenida entre la verdad y el error y entre el bien y el mal, después de saludar respetuosamente a los buenos y de lanzar un anatema sobre los malvados, no he podido menos que admirar lo mucho que puede el espíritu humano.

¡Ah! Pero yo no sólo he tenido que hallarme delante de las conquistas realizadas sobre la materia, de los triunfos de la idea y de las victorias del deber, no: allá a lo lejos, con los ojos apagados por la ceguera pero siempre vueltos hacia la inmensidad de los cielos, un poeta cantando cruza la Grecia, cuna de los artistas y de los filósofos; todos los hogares quedan vacíos; los niños, los ancianos, las mujeres y los guerreros corren a agru-

parse en tomo de aquel ciego que lleva en su derredor todas las sombras y apenas una chispa de luz dentro de su alma: las estrofas que se escapan de sus labios cansados vibran unas veces desoladas como una queja, otras terribles como el rugido del huracán y luego suave, muy suavemente como el último, cantar que entonan las aves al caer la noche en tomo de las frondas.

No lejos de allí, en el país del cielo azul y espléndido, Italia, un joven, que si hubiera vivido en la época pagana habría sido elevado a la categoría de dios, pues fue llamado el divino, tomó un pergamino, puso en él unos cuantos trazos, unos cuantos matices, unas cuantas líneas: ¡oh! y en aquellas pinturas rebozaba la vida, y la fama tomó el nombre de Rafael y lo llevó a todos los puntos de la tierra. Casi allí mismo, otro artista tomó un trozo de mármol, puso en él su pensamiento, su genio, casi su alma, casi su vida; aquel mármol parecía respirar... y la gloria coronó la frente de Miguel Ángel.

Y bien: los cantos de aquel ciego han cruzado todos los desiertos, todas las soledades, todos los mares; las pinturas de Rafael y las estatuas de Miguel Ángel se han multiplicado como las arenas de la playa; pero ¿qué relación, qué puntos de contacto pueden señalarse entre aquellos cantos y la civilización, entre aquellos delineamientos y la idea, entre aquellos matices y el pensamiento?

¡Cómo acude fuertemente en estos instantes a mi memoria aquel pasaje en que Platón propone enérgicamente que los poetas sean expulsados de las ciudades, si bien después de haberlos coronado de rosas como un homenaje a su inspiración! Y cómo acuden también a mis labios estas preguntas: ¿Qué hará de los artistas la civilización? ¿Deberá cerrarles las puertas de las grandes y de las pequeñas ciudades? ¿Deberá interponerse como un muro impenetrable entre ellos y la humanidad? ¿Qué puede esperar y qué puede temer de los artistas la civilización?

Yo, que como vosotros formo parte de esa caravana inmensa que se llama humanidad y que cruza todos los senderos, he querido deteneros un instante en el desierto de la vida, para fijar el influjo del bello arte en la civilización y determinar el papel que en ella les corresponde a los artistas.

Esperando que me prestaréis vuestra atención y me favoreceréis con vuestra benevolencia, no por mí, sino por la importancia trascendental de la cuestión, empezaré por establecer el principio siguiente: entre los elementos civilizadores más poderosos se encuentra el bello arte en todas sus manifestaciones.

No hace mucho tiempo, en una ocasión tan solemne como ésta se escapó de mis labios la siguiente afirmación: la civilización no es más que la verdad aplicada hasta en sus últimas consecuencias a la vida del género humano. ¡Oh! Sí; ayer, cuando el hombre en épocas y en regiones envueltas en el caos de la barbarie, semidesnudo y en posesión apenas de los principios rudimentarios del progreso, inmensamente desolado, profundamente pensativo e incomparablemente triste, se reclinaba en las quebraduras de una roca para contemplar el espectáculo soberbio y avasallador de las fuerzas y de las locuras de la naturaleza y para sentir el peso abrumador de su impotencia, todos los elementos y todas las cosas se alzaban llenas de orgullo y quizá de lástima y de compasión ante aquel diminuto pigmeo que se hallaba delante de lo que al parecer era lo definitivamente inescrutable, lo definitivamente invencible, lo definitivamente indomable. Y era aquí el ímpetu loco, ciego y desbordado del torrente precipitándose y arrollándolo todo; era allí el enorme peñasco arrancado por el alud y cayendo en la obscuridad del abismo; era allá a lo lejos la extensión arenosa, dilatada y encendida del desierto; era acá el agua alborotada del mar poseída del vértigo, azotando furiosamente las arenas de la costa y haciendo oír a grandes distancias su grito inmensamente clamoroso y ensordecedor; era arriba la cerrazón de los cielos, la tormenta desencadenada y la tempestad abrumando la tierra; era abajo la furia del huracán, el temblor de la catástrofe y la conmoción del cataclismo; era en las alturas la inmensidad azulada y transparente, pero muda y silenciosa; era en las profundidades la penumbra de los crepúsculos cargados de desolación y de tristeza; era, en fin, la materia con toda su fuerza y todo su poder, frente a frente de la debilidad en medio de su impotencia y su pequeñez.

Ayer todavía, cuando el pensamiento humano era tan sólo un átomo encendido que revoloteaba en el cerebro y que giraba en torno de lo inexplorado y de lo desconocido, sin poder iluminar con sus fulgores las profundidades del abismo ni encender con sus irradiaciones las lejanías, alrededor de cada hecho, de cada suceso y de cada cosa se agrupaban en número incontable los enigmas, como alrededor de cada cumbre y de cada fronda se dan cita todas las sombras en el instante hondamente doloroso del debilitamiento y de la caída del rey de los astros. Y era entonces el gesto impenetrable de la esfinge el delineamiento más fuerte entre todos los que formaban la fisonomía de los hechos y de las cosas, y el que primeramente se pintaba en la retina, cuando el espíritu cargado de sombras y abrumado por el peso enorme de la ignorancia, abría su pupila ávida de fulgores y repetía desoladamente la frase del poeta alemán: “luz, más luz”.

Ayer también, cuando el derecho se había replegado en sí mismo para reconcentrarse en un solo punto, en una sola voluntad, en un solo hombre, para dejar sin personalidad a las tres cuartas partes del género humano, dar lugar a que fueran creadas la tiranía y el despotismo y el deber se convirtiera en una palabra sin sentido, en tomo de cada conquistador se alzaba un grupo incontable de vencidos, alrededor de cada trono una turba inmensa de aduladores y a los pies de cada magnate una muchedumbre de esclavos. Y fue entonces cuando la concepción del genio se puso de parte de la nulificación del derecho, y por tanto, de la supresión del deber y cuando la fisonomía de las generaciones pudo ser perfectamente delineada con aquéllas palabras de Epicúreo: “coronémonos de rosas hoy, porque mañana moriremos”; o con aquellas otras que pronunció Marco Bruto que, después de haber hundido su puñal en la mitad del corazón de Julio César y de haber visto dispersarse sus legiones en los campos de Filipos, se echó sobre la punta de su espada lanzando esta frase que es una maldición: “Oh virtud, eres una palabra vacía”.

Sobre la vasta extensión de la tierra vivía el hombre, vivían las generaciones, vivían los reyes, vivían los pueblos, vivía, en fin, el género humano; pero no vivía la verdad, y por esto la ignorancia, el error, el crimen, la tiranía y el despotismo se habían extendido por todos los puntos cardinales.

Pero llegó Un día, día mil veces bendito, en que el pensamiento humano, en que aquel átomo encendido que en vano revoloteaba en el cerebro y giraba en tomo de lo inexplorado y de lo desconocido se puso en contacto con el luminar esplendoroso de la verdad y recibió todo su poder, toda su fuerza, todo su calor, toda su lumbre, toda su luz... Y fue entonces cuando frente a frente del huracán se alzó la enhiesta torre, según la brillante expresión de Becquer, para desafiar su poder; cuando a pesar de la furia del océano, un trozo de hierro pulido por la mano del hombre avanzó orgullosa y gallardamente sobre las olas desgreñando la melena revuelta y alborotada del mar; fue entonces cuando la inmensidad azulada y transparente, la lejanía desconocida y la profundidad del abismo contestaron la pregunta hecha por la palabra del genio; los esclavos pasaron a la categoría de hombres libres, la virtud fue creída y practicada, la igualdad se abrió paso, los déspotas temblaron, la tiranía enmudeció...

Sobre la vasta extensión de la tierra vivía el hombre, vivían las generaciones, vivían las razas, vivían los pueblos, vivía, en fin, el género humano y con él vivía la verdad, y con ella la civilización. Allí, pues, donde

se alza la verdad surge el progreso, allí donde cae la verdad se hunde la civilización.

Establecido el influjo civilizador de la verdad, pasaré a fijar el influjo del arte en la civilización. Empezaré por confesar que no sé a punto fijo cuántas definiciones habrán sido dadas por los pensadores que se han ocupado en analizar el arte; de todas maneras creo que sin temor de equivocamos podemos afirmar que así como la civilización no es más que la verdad aplicada a la vida del género humano hasta en sus últimas consecuencias, así también el arte no es más que la verdad cristalizada en los hechos.

Los filósofos enseñan que es un conjunto de reglas que sirven de norma para hacer una cosa con perfección. Y bien: la perfección sólo existe, sólo surge allí donde reina soberanamente la verdad, porque la verdad considerada en sus relaciones con los hechos que son objeto del arte, en otros términos, la verdad vista en los puntos de contacto que tiene con el arte, no es más que el equilibrio que en las relaciones creadas por la mano del hombre exigen los principios inconmovibles del orden.

Una vez un hombre sintió de súbito soplar sobre su frente un aire suave que le causó, sin embargo, un estremecimiento hondo, un sacudimiento profundo y extraño; luego surgió en su fantasía una visión esplendorosa: era la imagen de un mármol tallado con maestría incomparable.

El artista contempló la visión de su espíritu, se extasió ante ella y derramó un torrente de lágrimas... después tomó un buril y una piedra y quiso que en cada trazo, que en cada línea, en el tamaño, en la figura, en fin, en todo, estuviera el equilibrio exigido por el orden: la verdad había manejado aquel buril y había tocado aquel mármol, y Fidias ascendió definitivamente a las cumbres de la inmortalidad.

Otra vez un pensador que poseía un gran talento y una palabra poderosa y elocuente, quiso fijar el origen de las sociedades y sobre todo se propuso establecer las reglas que forman el arte de gobernar a los pueblos; su inteligencia había padecido un gran extravío, pero resonó su palabra soberanamente elocuente y casi todos los pueblos aceptaron su sistema. El extravío de aquel pensador pasó de las inteligencias a los hechos, la catástrofe empezó y es hora en que el cataclismo no termina aún.

Pero ¿queréis ver con más claridad y precisión el influjo del arte en la civilización? Basta con fijar la mirada en esos adelantos, en ese esplendor material que nos rodea y poner nuestras pupilas en las conquistas realizadas por el derecho y la libertad, pues en todo encontraréis ciertamente el influjo indirecto y remoto de la ciencia, pero también os hallaréis frente a

frente del influjo directo e inmediato del arte. Porque si la ciencia es un movimiento que nos eleva sobre la materia y nos arrebata al mundo de las ideas, el arte, de un modo inverso, es un descendimiento que nos hace bajar del mundo de las inteligencias a la región de los hechos. De este modo el arte es el punto que pone en contacto la idea y la materia, el pensamiento y lo que impresiona los sentidos; es, en fin, la ciencia, obrando sobre la humanidad en su vida práctica. Su poder civilizador es, pues, inmenso, trascendental. ¡Oh! Sí: él se convierte, con la Lógica, en norma suprema a que deben sujetarse las inteligencias para avanzar derecha e impetuosamente hacia la verdad; se hace en la Moral la medida a que deben someterse los corazones para estar en posesión de la virtud y del bien; él, finalmente, en la Retórica, en la Música, en la Arquitectura y en todo lo que es arte, es orientación suprema de las generaciones.

Pero si de un modo general puede decirse que el arte ejerce un influjo trascendental en la civilización, otro tanto y con mayor razón podemos afirmar de las artes denominadas bellas.

Hace pocos momentos dijimos que el arte no es más que la verdad cristalizada en los hechos, el poder de la verdad puesta en acción, la verdad desbordándose a través de la vida fuertemente agitada del género humano. Ahora bien: el bello arte no es sólo la verdad cristalizada en los hechos, no es sólo la verdad puesta en acción, no es sólo la verdad encendiéndolo e inflamándolo todo, no; el bello arte es un poder añadido a otro poder, es una fuerza añadida a otra fuerza, es el poder y la fuerza de la verdad unidos al poder y la fuerza de la belleza; es la fusión soberbiamente magnífica y admirable de lo más grande y de lo más fuerte, es, por último, la verdad cristalizada en el prisma policromo y encantador de la belleza.

No es extraño, pues, que ejerza un influjo superior al de las demás artes y que sea el elemento civilizador por excelencia. Porque al fin y al cabo nosotros encontramos en la humanidad dos grandes poderes: el poder de arriba y el poder de abajo; el poder de la idea y el poder de la materia; el poder del pensamiento y el poder de lo que impresiona los sentidos, y si civilizar es influir poderosa y fuertemente en el género humano para que se desarrolle armoniosa y convenientemente, y si ese influjo debe hacerse sentir en todo lo que es la humanidad, será elemento civilizador por excelencia aquello que conquiste lo de arriba y rinda lo de abajo, aquello que triunfe del pensamiento y rinda la materia.

Y en el bello arte encontramos realizadas admirablemente estas condiciones, pues hay en él la verdad, que es lo único que puede vencer la re-

sistencia de la idea, y la belleza, que ha ejercido y ejerce en el espíritu humano una influencia decisiva, incontrastable.

Por otra parte, las grandes ideas, que son las causas generadoras de la civilización, son generalmente el patrimonio exclusivo de las inteligencias privilegiadas; pero la civilización no es, ni ha sido, ni puede ser la posesión de la verdad y del bien en favor de unos cuantos, sino la participación de la verdad y del bien en su mayor amplitud.

Urge, pues, que la verdad, lejos de permanecer recluida en el cerebro de algunos se propague como la luz, se difunda como el aire y se esparza como el agua que cae de los cielos; pero la palabra del genio es demasiado espiritual, en tanto que el modo de concebir de los demás hombres es demasiado material, ya que el primero vive en la región de las ideas y los segundos viven con y para la materia. Preciso es encontrar, pues, un medio dé materializar en cuanto sea posible el pensamiento, y esto de nuevo lo encontramos en el bello arte, que no solamente sensibiliza en cuanto es posible el pensamiento, sino que lo envuelve en el ropaje esplendoroso de la belleza.

He estado, por tanto, del lado de la verdad al afirmar que el bello arte es uno de los elementos civilizadores más poderosos, y más aún cuando dije que él es un poder civilizador por excelencia.

Señores: en estos instantes inmensamente solemnes para mí, me hallo delante de un grupo de jóvenes que han querido colocarse y detenerse en la línea, en el punto que pone en contacto el mundo de las inteligencias y el mundo de los cuerpos, la idea y la materia, el pensamiento y lo que impresiona los sentidos, el mundo de las ilusiones que aletean en tomo de la juventud como bandada de aves que han dejado sus nidos para teñir sus alas con la luz de la mañana y el de los desengaños que revolotean alrededor de la vejez cansada y marchita.

Cada uno de estos soñadores, o lleva en su diestra un arpa para envolver en sus estrofas las visiones de su alma o lleva en sus labios un período para cristalizar en él la concepción de su espíritu. Ellos ascenderán audazmente a la cumbre más alta para tomar el pensamiento de las inteligencias privilegiadas, bajar luego y allí, a lo largo de la carretera inmensa, hacer que cristalice la verdad que se difunda como el aire, que se propague como la luz, que se esparza como el agua que cae del firmamento. Ellos, a través del color, de la línea y del sonido, harán percibir a la humanidad los grandes pensamientos, que son los únicos que regeneran, que engrandecen y que civilizan. Ellos, en alas de la belleza subirán a las regiones en que

surgen y brillan los conceptos inaccesibles y luego, en medio del mar revuelto de los tiempos, encenderán un fanal que alumbre las playas desconocidas y las costas más remotas. Ellos, en fin, quieren hacer labor honda de engrandecimiento y civilización.

¿Queréis vosotros también contribuir al progreso? ¿Queréis poner aunque sea un grano de arena en el edificio enorme y grandioso de la civilización? Pues buscad las creaciones del artista, id tras las visiones del genio, procurad las obras del Dante, de Rafael y de Miguel Ángel. De este modo habréis puesto vuestra alma en contacto con las concepciones esplendorosas que, como el sol, deben poner su luz en todos los senderos y en todos los campos desolados y entristecidos. ¡Ah! Pero no olvidéis jamás que solamente allí donde surge la verdad se alza el progreso; que allí donde cae la verdad se hunde la civilización, que el arte sólo existe, sólo se alza allí donde se levanta la verdad cristalizada en los hechos, y que el bello arte sólo se encuentra allí donde esplende la verdad cristalizada en el prisma policromo y encantador de la belleza.

LA LITERATURA Y LA CIVILIZACION

No carece ciertamente de importancia el tema que tengo que desarrollar en estos momentos, no; la tiene y muy grande; la tiene, e incalculable; la tiene, y trascendentalísima, porque voy a ocuparme de la civilización de los pueblos y principalmente pretendo determinar el influjo más o menos poderoso y más o menos eficaz que ha ejercido y puede ejercer la Literatura en el desenvolvimiento de la Humanidad. Y ya que la importancia de una cuestión se toma de la mayor o menor excelencia de los seres y de las relaciones que en ella se debaten, el asunto presente tiene, a no dudarlo, un interés inmenso; porque yo no voy a estudiar la materia para conocer y fijar sus leyes, su desarrollo y su poder; ni quiero analizar al hombre individual o colectivamente considerado, no: voy a hablar del ideal más noble y más santo entre todos los que existen, a saber: la civilización.

1.º no soy yo, ni sois vosotros, ni siquiera las generaciones que nos han precedido, los únicos que creemos que la civilización es y debe ser el anhelo supremo de todos los hombres; es Dios, que ha querido fijar un término a todas las razas y que ese término sea la civilización; es la humanidad entera, que empujada fuertemente por el torrente de los siglos, busca con ansia indescriptible y con afán delirante, una cumbre: la del progreso. Y eso que Dios ama infinitamente y que la humanidad quiere con delirio, no puede menos que revestir una importancia indiscutible.

2.º bien: la Literatura es sobremanera importante, cuando menos porque todos los grandes pensadores han convenido en creer y en enseñar que ella es un medio poderosísimo para conocer y fijar la fisonomía material y moral de los pueblos, y siquiera porque tropezamos muy frecuentemente con ella en el camino de la vida.

¡Oh! sí: es la palabra poderosa y vibrante de ese hombre que nos ha hecho detener un instante y permanecer mudos y extáticos; es ese verbo, que al rozar nuestro oído ha llegado a sorprender en los repliegues más ocultos de nuestro espíritu, el dolor callado y la queja honda que no habíamos podido cantar; es ese volumen escapado de las manos de Cervan-

tes, es esa hoja de papel que después de burlar la resistencia del tiempo y del espacio arroja y lleva la luz esplendorosa del pensamiento por todos los puntos cardinales y hace brillar en todas las cumbres los fulgores de la idea. Es, en fin, el instrumento incontrastable de las transformaciones por que han pasado y pasarán todas las razas.

La excelencia, pues, de los seres de que voy a ocuparme, es indiscutible, y la importancia del punto en cuestión, innegable. ¿Y qué? Que vosotros me prestaréis vuestra atención y me favoreceréis con vuestra benevolencia: lo primero, por la trascendencia del asunto; lo segundo, porque sin duda comprendéis las dificultades casi insuperables que tengo que vencer.

Desde luego comenzaré por afirmar que la Literatura es el elemento civilizador más poderoso y eficaz entre los que existen.

La Literatura puede considerarse bajo dos aspectos: como arte, es decir, como un conjunto de reglas, o como obra de arte, esto es, como el conjunto de las obras literarias producidas en todos los tiempos y lugares o tan sólo en una época o región determinada.

Si no me equivoco, en el instante presente la palabra Literatura debe emplearse para significar no el arte o el conjunto de reglas, sino las obras literarias; porque éstas y no aquéllas son las que han influido e influyen poderosa y eficazmente en el perfeccionamiento del género humano.

¡Oh! sí: ese precepto tantas veces discutido por los retóricos y que ha provocado acaloradísimos debates entre los imitadores de Homero y de Virgilio; esos principios que la experiencia nos ha dado a conocer y que el gusto exquisito de los hombres de genio ha trazado sobre un pergamino, dormirán en las bibliotecas, serán perpetuamente accesibles para unos cuantos, pero no dejarán de ser otros tantos enigmas indescifrables para los demás.

La humanidad, al recorrer la vasta extensión de la tierra, al ir en busca de más luz y de una ruta que le acorte la jomada y le ponga en posesión de la tierra prometida, ha pasado frente a las academias, las ha visto de arriba abajo, se ha encogido de hombros y después ha vuelto a fijar hondamente sus pupilas en las lejanías del porvenir; pero cuando al descender a la llanura ha tropezado con una roca herida por la mano de Fidias y ha oído vibrar en los aires la canción de un poeta y ha visto a lo lejos a un hombre que con su palabra, su ademán y su gesto hace un trazo muy corto y muy hondo, se ha parado para tocar aquel mármol, ha querido escuchar

aquel canto, y atrevida y resuelta ha puesto su planta en la vía nuevamente trazada.

Lo que importa, pues, es determinar el influjo de las obras literarias en la civilización. ¡Oh! Esta palabra por no sé qué extraño poder hace brillar en los desiertos de mi alma fulgores de sol en la mitad de los cielos, y veo romperse la sombra, iluminarse la tierra, pasar junto a mí los trofeos de la ciencia, las victorias del arte, las conquistas de la justicia, de la virtud y del derecho; en fin, a la humanidad que ayer se abría paso trabajosamente hacia el porvenir, la veo avanzar derechamente hacia la felicidad.

Este cuadro no pasa por los ojos de todos, pues en los tiempos actuales son muchos los que reducen el problema de la civilización de los pueblos a una cuestión de mejoramiento material; no niegan que hay necesidad de un avance impetuoso en el orden intelectual, pero juzgan que esto debe ser solamente un medio para transformar la materia en un grado en que pueda proporcionar al hombre un bienestar completo. Enseñan también que el elemento moral debe ser llevado a los museos para que reciba el homenaje de las generaciones de ahora, ya que en los tiempos pasados fue un instrumento para intimidar a los cobardes y sólo pudo conquistar el menosprecio de los fuertes; pero a pesar de los adelantos de este siglo, la verdadera civilización ha consistido, consiste y consistirá siempre en el desarrollo armónico de la parte material, la intelectual y la moral del género humano.

Acerca del desarrollo material e intelectual no hay discrepancia, pero sí la hay y muy honda respecto al elemento moral; mas yo sé que esta discrepancia ha sido provocada por los miopes o por los degenerados, o por los miopes y degenerados a un mismo tiempo, y que la Historia con sus lecciones inmensamente amargas por lo dolorosamente sangrientas y desastrosas, se ha encargado de enseñar a todas las generaciones que el desenvolvimiento puramente intelectual y material es una civilización trunca, frágil y quebradiza, y que por lo mismo no puede resistir los embates de la catástrofe, y tarde o temprano se verá aniquilada por el cataclismo.

Establecido aunque a grandes rasgos el verdadero concepto de la civilización, pasaré a afirmar que la idea es el elemento civilizador más poderoso y eficaz entre todos los que existen.

Esos adelantos que se han realizado en el orden material, que las razas de hace veinte siglos no pudieron contemplar y que nosotros estamos cansados de admirar, son ciertamente la obra de los tiempos; pero antes que todo y sobre todo son la creación magnífica, soberbia y esplendorosa

de la idea. Mas el poder incontrastable de la idea no se limita al orden puramente material, sino que se levanta hasta el orden intelectual: ella abre nuevos horizontes a la misma idea: la concepción de Aristóteles y de Arquímedes, la de Newton y la de Pasteur, han hecho contemplar lejanías ignoradas, profundidades que nadie había sospechado, abismos que ninguno había pensado encontrar en el borde del camino.

3.º el poder de la idea, desde la materia y la inteligencia se alza hasta el orden moral: y es el pensamiento de Moisés entre los israelitas, el de Zoroastro entre los persas, el de Confucio entre los chinos, el de Sócrates entre los griegos, el de Epicteto y Séneca entre los romanos, y principalmente el de Cristo entre los pueblos más cultos, el que traza los derroteros que ha de seguir el género humano y marca la norma para juzgar los actos de los hombres. ¡Oh! sí, la idea es la fuerza esencialmente creadora de la civilización.

4.º no se crea qué hay contradicción entre decir que la idea es el elemento civilizador más poderoso y afirmar otro tanto de la Literatura, pues el análisis minucioso y profundo de la esencia del pensamiento y de la esencia de la palabra nos tiene que llevar ineludiblemente a estas conclusiones: la idea considerada en sí misma es el concepto que nos hemos formado acerca de las personas, de las cosas y de los acontecimientos, y que vive y se agita en el mundo puramente intelectual; la palabra es la misma idea transportada de las regiones intangibles de los entendimientos a las regiones del mundo corpóreo; la palabra es la idea hecha sensible, es la idea en la plenitud de su fuerza conquistadora, en la plenitud de su omnipotencia. ¡Oh! sí, esa concepción que se agita en vuestro cerebro será tan profunda y grandiosa como vosotros queráis, mas sin la palabra no pasará de un poder reducido casi a la nada; pero en el instante mismo en que vuestro pensamiento se escape por vuestros labios envuelto en el ropaje de la palabra, aquel poder casi impotente crece, se agiganta y se coloca en la categoría de las fuerzas incontrastables. Lo que he afirmado, pues, de la idea puedo decirlo con igual o con mayor razón de la palabra, que, repito, no es más que la idea en la plenitud de su omnipotencia.

¿Y se puede afirmar otro tanto de la Literatura sin caer en contradicción? Creo que sí. Pues la Literatura no es más que la palabra, que después de haber pasado por uno o varios períodos de perfección rudimentaria y de haber recibido el pulimento que andando los siglos da el hombre a las cosas, ha llegado o cuando menos ha podido acercarse a la plenitud de su

desarrollo, al, instante último de su desenvolvimiento, a la hora solemne de la posesión de su fuerza conquistadora.

Con esto podría yo dar por terminado mi trabajo, pero voy a permitirme hacer algunas otras consideraciones. La idea y la palabra de ayer, la idea y la palabra de hoy son dos factores que desempeñan un papel de importancia trascendentalísima en el perfeccionamiento del género humano; en otros términos, son dos elementos que desempeñan un papel insubstituible, porque el día en que la humanidad rompa con el pasado, se hallará sin un átomo de luz frente a los enigmas del porvenir; el día que la humanidad menosprecie el presente, caerá en el estancamiento y de allí irá a la degradación y a la barbarie. Pero la idea y la palabra de ayer pueden ser arrebatadas por el torrente impetuoso de los siglos al abismo de la nada; surge entonces la necesidad de que se transformen en palabra escrita, es decir, en obra literaria escrita después de haberlo sido en otra forma; mas esto, aunque muy importante, no es suficiente, porque el género humano tiene que llegar a un punto no previsto por las concepciones de ayer, jamás sospechado por los presentimientos de los pensadores ya idos, y debe crearse entonces la literatura del presente para las necesidades del mismo, así como se creó la literatura de ayer para resolver los problemas del pasado.

De este modo la Literatura preside la marcha de la humanidad e ilumina con sus claridades esplendorosas las tres grandes etapas del perfeccionamiento de los pueblos: el pasado, el presente y el futuro.

Señores:

Yo sé perfectamente que una de las aspiraciones más poderosas que se agitan en el espíritu humano es la de la adquisición del poder en sus diversas manifestaciones: ya sea en el orden material, ya en el intelectual, en el moral o en el social. Sé también que esa aspiración está en perfecta consonancia con el fin que debe realizar el género humano, pues éste vive y se agita bajo la imperiosa necesidad de civilizarse.

Y bien: toda civilización se resuelve en la adquisición de poder, porque civilizarse es perfeccionarse, es adquirir fuerza contra la nada de la muerte, contra la nada del error y contra la nada del crimen. ¡Oh! Y aquella aspiración poderosa es la que ha lanzado a las razas a través de los mares, la que ha armado el brazo de los conquistadores, la que ha movido el plectro de los poetas, la que ha hecho vibrar la voz de los oradores, la que ha hecho reflexionar a los sabios, en fin, la que ha levantado y levantará a la humanidad cien codos sobre la nada.

¡Y qué! Vosotros como miembros de la gran familia humana lleváis en vuestras almas el anhelo impetuoso de la adquisición de poder, tanto más cuanto que no habéis visto el entumecimiento de las frondas y os encontráis en el instante solemne del reverdecimiento de las florestas.

Pues si queréis poder, yo os digo que no vayáis a la tumba de Alejandro a levantar su espada, ni a la de Creso por sus riquezas, ni al sepulcro de Augusto a tomar su cetro. ¡Oh! no, porque aquella espada se rompe, porque aquellas riquezas se desmoronan y porque aquel cetro se quiebra; buscad la idea, que es poder incontrastable; buscad la palabra, que es la idea en la plenitud de su fuerza conquistadora; buscad la Literatura, qué es la idea en la plenitud de su omnipotencia.

LA MISION DE LA MUJER

A las muy respetables Damas de la “Liga para la preservación de la juventud” de Guadalajara, como un homenaje de admiración y un grito de entusiasmo.

Se levantó el horizonte de la realidad como visión fantástica surgida del fondo azul de la linfa tranquila y tersa del lago, cuando el sol sacude su melena de fuego en la lejanía, clava victoriosamente sus banderas de luz en los picos de las montañas y enreda su cabellera de oro en el ramaje soñoliento de las frondas dormidas. A lo largo de su figura se destacaban vigorosamente los delineamientos que forman la gallardía incomparable de la palmera, y que hacen la gracia avasalladora y sublime de las creaciones magníficas de los grandes artistas; mecidas por la brisa suave y perfumada y rubias como las hebras doradas que flotan a través del verdor de los maizales, caían sobre sus espaldas las crenchas de su pelo fino y delicado; las líneas de su faz trazadas con maestría y corrección inimitables se ostentaban envueltas en la blancura nítida del fulgor de las estrellas, y en el matiz suavemente sonrosado de la flor que la claridad de los cielos despierta todas las mañanas en la mitad de la llanura; en las transparencias hondas de su pupila ardiente y soñadora brillaban los destellos cargados de la apacible melancolía de ese astro que cruza de noche las alturas silenciosamente y como llorando tristezas insondables y eternas; y en los repliegues más ocultos de su corazón y en las profundidades calladas y solitarias de su alma bullían un torrente de ternura, un piélago de amor y el poder incontrastable de la abnegación que ha dado los espectáculos del heroísmo.

El genio de Grecia, iluminado por la intuición honda de lo bello y poseído del afán inmenso de cristalizar en la materia la línea, el color y el sonido que se mueven, que tiemblan, que palpitan y que viven, vio a lo lejos ese prodigio, esa maravilla, esa figura incomparablemente encantadora; se acercó a ella silenciosamente, mudo de admiración y de asombro puso sus rodillas en tierra y la miró... y con ese golpe de vista que ha hecho de esta nación admirable la maestra y la inspiradora de casi todos los grandes artistas, descubrió el secreto de poner en el trazo, en la vibración y en el ma-

tiz, el movimiento, el temblor, la agitación, el gesto, en fin, las palpitaciones que revelan el poder y la majestad de la vida.

El genio de Roma, dueño de la concepción más alta de la ley civil, inflamado por la pasión de la guerra y maestro en el arte de manejar la fuerza y de someter a los pueblos, en un día de peligros aterradores y de angustias infinitas encontró el alma tranquila de Veturia para rendir el espíritu bravo e indomable de Coriolano, la intrepidez de Clelia para asombrar a los enemigos de la patria de Mucio Scévola, y la majestad y la ternura maternales de Cornelia para darle defensores al pueblo y mártires a la libertad.

El genio de Francia estaba próximo a sucumbir bajo el empuje formidable de los ejércitos ingleses en tiempo de Carlos VII; las humillaciones y las derrotas se sucedían sin interrupción: al parecer el reino fundado por Clodoveo estaba destinado a hundirse fatal e inevitablemente. De súbito surgió en el campo ensangrentado y trágico de la lucha la figura gallarda y enloquecedora de Juana de Arco, y ella fue la que les enseñó a los descendientes de Carlomagno el camino del triunfo y de la gloria.

El genio de Colón había entrado en una inquietud indecible: le atormentaba tenazmente el pensamiento de salvar las fronteras conocidas, cruzar la inmensidad de los mares y abrirle nuevas rutas al movimiento del progreso. Después de muchos años de inútiles esfuerzos y de verse envuelto en el sarcasmo y la burla de todos, encontró en su camino, que era el de la inmortalidad, a Isabel la Católica, y bien pronto el torrente impetuoso de la civilización desembocó ruidosamente en regiones ignoradas y perdidas en la obscuridad de la barbarie.

El genio del Dante debía dejarle a la humanidad un monumento imperecedero que les revelara a las generaciones la superioridad incontestable del Cristianismo, como manantial de inspiración, sobre todos los demás sistemas; el poeta conoció a Beatriz y la amó, pero la joven, como flor tronchada por el huracán en los momentos de abrir sus pétalos para empaparse en la luz del día, murió sin dejar otra cosa que los delineamientos de su fisonomía en la imaginación del soñador. Dante quiso darle vida eterna a su amor y en sus estrofas de oro inspiradas en el ideal cristiano, envolvió el recuerdo de su amada y lo salvó del naufragio de los tiempos, y hoy la crítica saluda al cantor italiano como uno de los bardos más insignes de la tierra.

Y de este modo los mármoles de Fidias, esos mármoles iluminados perpetuamente por el fulgor inextinguible de la gloria y vivificados por la

intuición estética de Grecia; los lienzos de Apeles y de Rafael, esos lienzos empapados en las visiones de aquellos soñadores geniales; la pasión de la conquista y de la libertad encamada en los romanos; el amor a la patria simbolizado en los hijos de S. Luis y el concepto científico en uno de sus aspectos más altamente civilizadores; recibieron el contacto más o menos íntimo de aquel prodigio, de aquella maravilla, de aquella figura que se alzó en el horizonte de la realidad como visión fantástica surgida del fondo azul de la linfa tranquila y tersa, del lago.

¿Que cuál es su nombre? ¿Que cuál es su historia? Vosotros conocéis perfectamente el primero y no ignoráis la segunda, y en los momentos precisos en que mi palabra iba acumulando líneas, colores y matices para formar ese conjunto maravillosamente bello, de las profundidades de todas las almas se levantó para todos un recuerdo y para algunos una visión. Oh, sí: un recuerdo bendito, santo, sagrado, un recuerdo que no tiene lágrimas, que no tiene sangre, que no tiene debilidades, que no tiene desfallecimientos, que no tiene caídas; un recuerdo lleno de ternura de caricias, de besos: es el recuerdo de nuestra madre. Para algunos se levantó una visión: una visión que va con nosotros de noche y de día y que cuando la savia de la juventud atraviesa impetuosamente la obscuridad de nuestras arterias, se apodera de nuestro corazón y nos hace amar con ímpetu, con delirio, con locura... Y llegados a este punto, a este instante, pugna en todos los labios por salir esta palabra: la mujer. Oh, sí: es la mujer la que le prestó sus líneas a Fidias, sus matices a Apeles, su majestad a Roma, su generosidad a Colón y su sangre a la Francia.

¿Pero no hay en todo esto un movimiento de excesiva complacencia hacia el bello sexo? ¿No es así como se rinde un homenaje injusto de admiración y se va derechamente y de un modo inevitable a la adulación?

Levantan los lirios por la mañana su corola de blancura inmaculada para esperar el fulgor de los cielos y vivir; más tarde se debilitan, languidecen, se amustian y se inclinan tristemente hacia la tierra para morir; han embellecido la inmensidad de la llanura, la han perfumado y deben deshojarse y desaparecer.

Y bien: ¿Es la mujer una flor que se levanta en el páramo inmenso de la vida para embellecerlo, perfumarlo y desaparecer? ¿Es algo más que un adorno? ¿Es algo más que un atavío de la naturaleza? ¿Qué vale y qué puede en ese movimiento ascensional que tiene que hacer el género humano por la cumbre de la verdad y del bien?

Lo diremos en pocas palabras: la mujer no es sólo un adorno, no es sólo un atavío de la humanidad, es uno de los grandes poderes que deben empujar a las generaciones por los senderos que van en línea recta a la civilización.

Desde luego podemos afirmar que la misión de la mujer no consiste ni debe consistir en tomar parte de un modo especial en los movimientos literarios, artísticos, científicos y políticos que transforman de cuando en cuando la fisonomía de los pueblos y les trazan a las generaciones rutas muy distintas de las que han recorrido. El alma de la mujer no ha sido hecha ni para abrir ni para cerrar las discusiones que se entablan en tomo de los grandes pensamientos y de los viejos o de los nuevos sistemas; no ha sido hecha para llevar de pueblo en pueblo y de país en país los ímpetus asoladores de la guerra ni para fijar su pupila en los fenómenos que nos rodean, descubrir sus causas y formular sus leyes. A todo esto tiene derecho, no cabe duda, pero es un derecho en cierto modo accidental y accesorio, porque su verdadero papel se halla en otra parte. ¿Que dónde se encuentra? ¿Que cómo llega a ser la mujer un elemento civilizador como acabamos de afirmarlo?

La misión de la mujer es eminentemente educacional y todo su poder radica en estas tres fuerzas que forman una sola: la belleza, la ternura y el amor. La educación comprende dos elementos, uno de carácter negativo y otro de carácter positivo; el primero es la preservación del mal, el segundo consiste en enseñar a aquel a quien se educa a luchar abierta y victoriosamente contra el mal y hacerse superior a todas las amarguras y dolores de la vida. La mujer puede llenar cumplida y admirablemente estos dos grandes fines de la educación. La mujer es un elemento formidable de preservación contra el mal, así nos lo enseñan elocuentemente la razón y la Historia. María Antonieta, esa reina inmensamente infeliz que fue arrastrada al tribunal revolucionario para ser después guillotinada como su desgraciado esposo Luis XVI, fue acusada entre otras cosas de intentar la corrupción de su hijo impulsándolo a que se manchara con ella misma; aquella alma grande, generosa y fuerte se irguió enhiesta en medio de la turba de bandidos y de asesinos que la juzgaban; no argumentó, no filosofó, no lloró y sólo, con una majestad que el mismo tiempo ha respetado, pronunció estas palabras célebres: “Yo, dijo, apelo al testimonio de todas las madres”. Ahora bien: yo tomo esta palabra formidable de María Antonieta para demostrar que la mujer es un elemento poderosísimo dé preservación contra el mal, y digo también: apelo al testimonio de todas las madres.

Pero no sólo es esto la mujer considerada como madre, sino que lo es también considerada como esposa, como hija y aun como prometida; y por esto los que están iniciados en los grandes secretos de la vida y conocen sus detalles, saben cuánto pueden las insinuaciones ternísimas de una madre, los suavísimos consejos de la esposa, la avasalladora súplica de la hija y aun los deseos de la que es dueña de nuestros pensamientos. Hay más: la mujer puede realizar maravillosamente el segundo fin que hemos señalado como uno de los elementos de la educación. Al tratar este punto se podrían acumular millares de hechos tomados de la Historia y de la experiencia diaria, pero para no cansar vuestra atención voy a fijarme en dos que gozan de indiscutible celebridad: hablo de Cornelia y de Doña Blanca de Castilla.

Cornelia fue una dama noble de Roma, hija de Escipión el vencedor de Aníbal en Zama y que consagró todos sus esfuerzos y energías de mujer a la formación de sus dos hijos, Gayo y Tiberio. En cierta ocasión se le preguntó por sus más preciados tesoros y contestó señalando a los dos Gracos. Estos, por su parte, cuando se hicieron hombres se entregaron con entusiasmo desbordante y valor inquebrantable a defender los intereses de la libertad y del pueblo, y bajaron al sepulcro con el orgullo y la satisfacción inmensa de haber sellado con su sangre los principios inconmovibles y eternos de la justicia.

Doña Blanca de Castilla le repetía con mucha frecuencia a San Luis esta frase que ha llegado hasta nosotros: "Quiero mejor verte muerto que cometiendo un pecado mortal". Y la ternura y el talento incomparable de aquella reina le dieron a Francia un gran rey, a la Iglesia un gran santo y gloria inmarcesible a la humanidad.

Finalmente, el análisis de la estructura del hogar y del papel que en él desempeña cada uno de los que lo forman nos lleva aún con más fuerza a convencemos del gran poder educacional de la mujer: ha querido Dios que el hombre sea la encamación del pensamiento y de la fuerza y la mujer la cristalización de la belleza, de la ternura y del amor. El pensamiento con todos sus esplendores, adelantos y descubrimientos no ha podido ni puede educar: una prueba irrebatible de esto la encontramos en la época en que vivimos. La fuerza sólo sabe y sólo puede hacer esclavos. El pensamiento unido a la fuerza sólo crea tiranías inteligentes y sabias como la de Augusto. Lo que propiamente, aunque no de un modo exclusivo, forma, modela los espíritus, levanta las almas y educa es la ternura y el amor, porque la educación implica la renuncia del mal, la renuncia de nuestras pasiones, de nuestros instintos y es una especie de conquista, pero una conquista en que

los vencidos crean ser y sean de hecho vencedores. Y bien, conquistar en esta forma, sin provocar odios y sin levantar oposición y resistencia es un atributo que sólo pertenece a la belleza, a la ternura y al amor. Julio César, ese celebérrimo conquistador que afirmaba que por sus venas corría sangre de dioses y sangre de reyes, había clavado las banderas de la victoria a lo largo de la Europa y quiso marchar a Egipto; allá encontró la deslumbradora hermosura de Cleopatra, y los ímpetus del capitán romano se rindieron ante la belleza. Coriolano a la cabeza de los volscos amenazaba caer sobre Roma; la alarma que se apoderó de los dominadores del mundo era indescriptible; su ansiedad inmensa, su angustia infinita, los recursos todos puestos en acción habían resultado inútiles, estériles; en medio de la consternación general se acudió a Veturia y fue entonces la ternura la que evitó el golpe fatal arrancando de los labios de Marcio esta frase que resuena a través de los siglos: “Roma se ha salvado, pero tu hijo se ha perdido”.

Shakespeare trasladó a sus obras inmortales un cuadro que todos los días encama, palpita y vive en medio de nosotros: la claridad del alba como gasa blanquecina empieza a extenderse en el oriente, todo despierta y la alondra canta alegremente. Él día se acerca, dice Romeo. —Oh, no, amado mío, dice Julieta: no es el canto de la alondra el que se oye, son los trinos del ruiseñor. —Bien, exclama Romeo, si tú lo quieres no será la aurora la que avanza, sino la obscuridad de la noche la que nos envuelve.

Esto puede la belleza, esto puede la ternura, esto puede el amor: y esto es la mujer. Y por esto sólo ella puede realizar la conquista que implica la educación, sin estremecimientos, sin ruido, sin oposición y sin odio; y es por lo mismo un poder eminentemente civilizador, porque los desastres de los ensayos de civilización hechos hasta ahora no vienen de otra parte sino de que no se ha querido o no se ha podido educar.

Y por esto ese florecimiento desbordante y vigoroso de que tanto se ufanaba la época presente y ese esplendor material cuyas irradiaciones iluminaban todos los confines, están siendo arrebatados de nuestra vista por un torrente de sangre. A la mujer, pues, le toca la labor incomparablemente noble y levantada de preservar del mal a las generaciones, de enseñarles a luchar triunfalmente contra él y de acostumbrarlas a hacerse superiores a todas las catástrofes de la vida.

¿Se pregunta ahora el objeto de esta mal zurcida y cansada disertación acerca de la mujer? Oídme otro instante. Pesa enormemente sobre el mundo moderno un fenómeno que consiste en que el mal y el error han llegado a organizarse; el mal y el error no son poderes abstractos, no son

fuerzas que revisten un carácter individual ni tampoco un carácter meramente político, no: el mal y el error a la vuelta de los tiempos y salvando todas las distancias han venido a constituir un gran poder social. En otras épocas la mujer realizaba cumplida y perfectamente su misión en la tranquilidad del hogar y en medio de cierto grado de aislamiento; pero ahora no se podrá conseguir que su influjo sea decisivo y eficaz para apartar de los senderos del mal y para empujar por el camino del bien a las generaciones sin que se levante organización contra organización, poder social contra poder social, en fin, sin que se alce delante de la construcción que ha salido de las manos de los defensores del mal y del error la construcción magnífica y esplendorosa de la verdad y del bien. De aquí que la acción de la mujer como la de todas las clases sociales debe revestir dos caracteres salientes: primero, debe partir de una organización; segundo, debe ser eminentemente social. Porque ¿qué aprovechan su acción y su influjo hecho sentir en medio del aislamiento si los grandes combates por la justicia y la libertad tienen que librarse contra un poder formidablemente organizado? ¿Y qué con que en la tranquilidad del hogar se infiltren en el espíritu los principios luminosos de la verdad y del bien, si en el campo abierto del mundo, que ahora es un piélago de cieno, lo dejarán y lo perderán todo las almas en medio de este gran naufragio de que nosotros somos testigos?

... No se realizará, pues, la misión sublime de la mujer mientras no se vaya atrevidamente, sin miedo, sin vacilaciones, a la organización y a hacer esfuerzos, si se quiere titánicos y si es posible sobrehumanos, porque la acción sea profundamente social.

Por eso yo que llevo fuertemente incrustada en mi alma esta verdad, he venido a rendir con mi palabra un homenaje de admiración a las respetabilísimas damas que forman la "Liga para la Preservación de la Juventud." y que por lo mismo han querido organizarse, para tender su mano bienhechora a los jóvenes que también se organizan. Oh, sí; vosotras habéis sabido estar a la altura de vuestra misión, habéis sabido colocaros a la altura de la época, habéis sabido comprender vuestro papel; y con una abnegación que yo admiro, con una actividad y ahínco dignos de toda alabanza, habéis salido del aislamiento y de la tranquilidad del hogar, para ir a la organización y conseguir que vuestra avasalladora influencia se extienda a través de todo el cuerpo social.

¡Ah, ojalá tengáis muchas imitadoras! ¡Ojalá muy pronto lleguemos al instante venturoso en que la mujer y todas las clases sociales formen el ejército que hará rendir todas las posiciones del mal y del error!

La Historia, que llena de admiración y de respeto se acerca a las ruinas desoladas del pasado para tomar los huesos de los mártires y transportarlos al porvenir; para recoger la memoria de los héroes y hacerla resonar en la posteridad, tomará vuestro nombre y lo colocará en sus páginas de luz al lado de la mujer insigne, hija de Escipión el Africano: Cornelia. Entre tanto nosotros, los enamorados fuertemente de la causa del pueblo, los apasionados, si se quiere hasta la locura, del pensamiento de Cristo y de la libertad de su Iglesia, con la mano levantada hacia los cielos juramos serlos Gracos. ¡¡Oh, sí: seremos los Gracos!!

A.M.D.G.